

za del régimen militar, basta recordar que éstas operaciones se verifican tan solo con el cumplimiento diario de las contratas para reconocer que bajo el régimen industrial se cumplen generalmente las promesas que se hacen. En fin, al propio tiempo que el dominio de la confianza crece, se acrecienta el disgusto causado por la extremada desconfianza que las formalidades propiciatorias envuelven. Ni en las palabras, ni en los actos, se separan ya tanto, los sentimientos manifestados, de los reales.

Necesario es añadir que á medida que la cooperacion social se hace ménos obligatoria y más voluntaria, aumenta la *independencia*; el servicio forzado implica la dependencia; pero el prestado en virtud de un acuerdo precedente implica la independencia. Naturalmente, las actitudes morales diferentes que estas dos clases de servicios suponen, expresándose por tipos políticos diferentes, uno relativamente despótico, el otro relativamente libre, se expresan también por los géneros concomitantes de regla ceremonial que se quiere ó se permite en cada uno de estos regímenes. En el primer caso se consideran honrosas las insignias de sujecion y placen los actos de homenaje; en el otro, se odia todo lo que sea librea y repugna el uso de las formalidades de respeto que lindan con la obsequiosidad. El amor á la independencia únese al amor á la confianza para producir un sentimiento que repugna las bajezas y los cumplidos que son la expresion de una dependencia á la que nadie se mira ya obligado.

Siendo la educacion para la guerra una educacion para la destruccion acostumbra al hombre al *endurecimiento*. Todos los sentimientos simpáticos del hombre son desechados y sacudidos los que tienden á elevarse. La actitud simpática que la guerra hace necesaria, se conserva por la cooperacion social obligatoria que hace nacer y desarrolla. La subordinacion del esclavo al dueño sostenida con el empleo de la fuerza necesaria para los servicios del hombre mismo que se resiste á ellos, implica la represion del sentimiento de igualdad. La represion de este sentimiento es en el fondo también, esfuerzos que se hacen para imponer las formalidades de homenaje. El placer que se experimenta por verse objeto de rastreras bajezas, revela una falta de sentimientos simpáticos á favor de la dignidad de los demás; á medida que un tipo social más libre se desarrolla y que al propio tiempo aumenta la simpatía, los superiores experimentan un creciente disgusto por estas exageradas demostraciones de sujecion por parte de sus inferiores. «Servíos de vuestra gorra para su uso, dice Hamlet á Osric, que permanece ante él descubierto;» lo cual demuestra que en tiempo de Shakespeare habíase ya formado un sentimiento de igualdad que hacía penosa la vista de un hombre que se humillara con exceso. En fin,

este sentimiento, creciendo á medida que se desarrolla el tipo industrial, hace más repugnante todas las formas ceremoniales que expresan abiertamente la dependencia.

Repitémoslo, nacido en sociedades en las que la gloria de los triunfos en la guerra es un sentimiento dominante, un ceremonial desarrollado pertenece á un estado social cuya *aficion á la alabanza* es el objeto social preponderante. Pero, á medida que el industrialismo sustituye el régimen militar, el dominio de este sentimiento ego-altruista queda poco á poco dominado por el sentimiento altruista que crece; al propio tiempo que el respeto al derecho de los demás se acrecienta, decrece el afan que induce á las distinciones que dan idea de su subordinacion. Los sonoros títulos, las fórmulas adulatoras del lenguaje, las inclinaciones humildes, los trajes suntuosos, las insignias, los privilegios de procedencia, etc., sirven para alimentar el sentimiento que hace al hombre desear el ser considerado con una admiracion real ó simulada. Pero tan pronto como el deseo de ser ensalzado á costa de la humillacion de otro, está contenido por la simpatía, el afan por las señales honoríficas, es ménos vivo; se contenta uno con los testimonios de respeto más moderados y hasta los prefiere.

Se vé, pues, que el carácter moral propio del tipo militar de sociedad es favorable al ceremonial de varios modos mientras el carácter moral propio del tipo industrial le es desfavorable.

Antes de formular definitivamente las conclusiones que ya hemos apuntado y que debemos deducir para indicar el porvenir del ceremonial, hemos de observar que las obligaciones que impone, no solo forman un elemento del régimen coercitivo propio de los tipos sociales inferiores caracterizados por la preponderancia del régimen militar, sino también de una disciplina que adapta los hombres á una vida social superior.

Mientras las emociones antagonísticas ó anti-sociales del hombre poseen el predominio que es inevitable en tanto que la guerra continua habitualmente, deben en él existir poderosas y frecuentes inclinaciones que le conduzcan á palabras y actos de una naturaleza propia para engendrar la enemistad y para perjudicar la cohesion social. De ahí la necesidad de ciertas clases de comportamiento cuya observancia exacta disminuya las probabilidades de riña. De ahí la necesidad de una regla ceremonial rigurosa en proporcion del carácter egoista y explosivo de las personas.

No solamente *a priori*, sino también *a posteriori*, puede deducirse que las prácticas vigentes tienen una funcion de educacion respecto de las acciones de

menor importancia, función que se ejerce sobre el carácter anti-social para disponerlo ó adaptarse á la vida social. Entre los Japoneses, que durante tantos siglos vivieron bajo un régimen político absoluto, con castas rigurosamente formadas, leyes sanguinarias y un ceremonial riguroso y complicado, háse constituido un carácter que, según la descripción de Mr. Rundell, aunque «altanero, vengativo y licencioso,» no deja de inspirar una manera de producirse, de una admirable dulzura. Mr. Cornwallis afirma que la amabilidad y la serenidad son cualidades universales en las mujeres del Japon; en fin, Mr. Drummond les atribuye una gracia imposible de describir. Hasta entre los hombres, el sentimiento del honor fundado en el cuidado de la reputación, al que hace tan frecuentes llamamientos el ceremonial, les induce á excesos de circunspección. Otro hecho propio para comprobar nuestras conclusiones, nos ofrece otra sociedad sometida á un gobierno despótico y muy ceremonioso, la Rusia. «Si el temor hace á los hombres graves, dice el marqués de Custine, los hace también muy atentos. En ninguna parte tantos hombres de todas clases trátanse con tanto respeto unos á otros.» En los países de Occidente se encuentran ejemplos análogos de esta relación, pero menos pronunciados. El italiano, sometido durante largo tiempo á un gobierno tiránico, en peligro de muerte si llega á excitar los sentimientos de venganza de sus conciudadanos, se distingue por sus maneras conciliadoras. En España, donde la autoridad gubernativa es ilimitada, donde las mujeres son duramente tratadas, y donde «ningun obrero sale sin su cuchillo,» impera una política extremada. Por el contrario, el pueblo inglés, que ha vivido mucho tiempo bajo leyes que aseguran su protección contra las graves consecuencias que una ofensa podría tener, carece mucho de dulzura y se muestra muy desatento respecto de las pequeñas atenciones de urbanidad.

Vemos, pues, tanto por inducción como por deducción, que el gobierno ceremonial facilita la cooperación social en las sociedades en que la naturaleza de sus individuos es aun muy anti-social.

Esto nos lleva á reconocer un principio general, á saber: que en cada grupo sistematizado de fuerzas restrictivas, el grupo ceremonial como el político y eclesiástico que nacen de él, se destaca poco á poco una especie de gobierno, no sistematizado, que acaba por hacerse independiente.

El gobierno político que al principio tiene la subordinación por fin, y que impone penas á los hombres que se perjudican unos á otros, no á causa del carácter intrínsecamente malo de sus actos, sino porque estos actos infringen

los preceptos del jefe; el gobierno político nunca dejó de acostumbrar á los hombres á la obediencia de reglas que tienden al establecimiento del orden social, hasta el momento en que se desarrolla la conciencia de que estas reglas no solo tienen una autoridad extrínseca derivada de la voluntad de un jefe, sino una autoridad intrínseca sacada de su propia utilidad. Las órdenes de un rey, antiguamente arbitrarias, coléricas y muchas veces irracionales, se transforman en un sistema de leyes reconocido que formulan las restricciones necesarias para imponer á las acciones de cada uno los derechos de los demás. Los hombres reconocen cada vez más estas restricciones y se conforman con ellas, no solo sin pensar que son órdenes del monarca, si que también sin acordarse siquiera de que sean mandamientos inscritos en una ley votada por el Parlamento.

Al mismo tiempo, el grupo de prescripciones llamadas religiosas se origina en el seno de los pretendidos deseos del espíritu del antepasado, los cuales desarrollándose más cada vez, toman la forma de preceptos tradicionales del espíritu de un grande hombre; después se convierten en preceptos divinos. Del seno de los preceptos religiosos, que al principio casi no se refieren exclusivamente más que á los actos que expresan la sumisión al rey celeste, se destacan reglas que llamamos morales. A medida que una sociedad progresa, las reglas morales se convierten en una especie de formulario del comportamiento exigido para la ventura personal, doméstica y social. Durante largo tiempo, mal diferenciadas de las reglas políticas esenciales y empleadas cuando ménos en fortalecer su autoridad, las reglas morales consideradas en un principio como sagradas, únicamente á causa de su pretendido origen divino, adquieren al fin un carácter sagrado derivado de su utilidad, atestiguada por la experiencia para gobernar ciertas partes del comportamiento del hombre que no están gobernadas por la ley civil ó que lo están poco. Las ideas de deber moral se desarrollan y consolidan en forma de código moral que acaba por hacerse independiente de su raíz teológica.

Mientras tanto, del centro de la porción de la regla ceremonial que se destacó en forma de un sistema de reglamentos para las relaciones sociales, sale una tercera clase de restricciones, y éstas acaban igualmente por hacerse independientes. De las prácticas que en su primitiva forma expresan en parte la dependencia y en parte la adhesión á un superior, y que al generalizarse entre las capas inferiores se hacen formas del comportamiento, salen al fin las prácticas de una atención propiamente dirigida á la personalidad de otro, y una verdadera simpatía por su felicidad.

De las ceremonias que al principio no tienen más objeto que alcanzar el favor de una persona dominante, pasan, algunas cuando ménos, al estado de regla de urbanidad, y éstas alcanzan una autoridad distinta de la que originariamente tenían. El *memorandum del ritual* de los Chinos, en el que hay reglas para todos los actos de la vida, nos ofrece de ello una prueba plena. Las prescripciones de este libro están revueltas con observaciones verdaderamente excelentes respectó á las consideraciones y á la bondad que deben en sociedad tenerse unas á otras las personas; lo cual pasa por ser el verdadero principio de la etiqueta. Desde el instante en que los principios de cortesía natural que hemos visto nacer en la simpatía, se distinguen del código ceremonial de donde sacan su origen, reemplazan la autoridad de este código por otra superior y progresan destruyendo los elementos no esenciales para desarrollar los esenciales.

De la misma manera, en fin, que la ley se diferencia de los mandatos de una persona, y que la moral se diferencia de las prescripciones religiosas, así también se diferencia la cortesía de la práctica ceremonial. Debemos añadir á eso, que de igual manera las costumbres racionales se diferencian de la moda.

Así guiados por el pasado, no podemos dudar del porvenir. Cada nuevo progreso del tipo social, fundado en la cooperación voluntaria, hará caer en desuso anticipadamente los saludos ceremoniosos, las fórmulas de cumplido, los títulos, las insignias, etc. Los sentimientos parecidos á los de las personas por quienes y para quienes se realizan actos que expresan la dependencia, se harán objeto de una aversión cada vez mayor.

Dicho se está que el cambio será gradual y debe serlo. Del mismo modo que cuando una nación conquista la libertad política antes que tengan sus miembros la capacidad necesaria para gobernarse á sí mismos, resulta de ello un desorden social, de la misma manera que la abolición de las restricciones religiosas cuando las morales no son aun bastantes fuertes, produce un aumento en la mala conducta; de igual modo también, si las prácticas que regulan las relaciones sociales pierden su autoridad antes que los sentimientos que producen la verdadera cortesía se hayan desarrollado, se produce inevitablemente una mayor ó menor grosería en la manera de conducirse, y por consiguiente, mayor ó menor probabilidad de disputa. Basta hacer mención de algunas de nuestras clases sociales inferiores, los carboneros y ladrilleros á quienes dejan sin freno casi sus relaciones con sus amos y las demás personas, para comprender que de una prematura decadencia de la regla ceremonial nacen considerables males.

El progreso normal hácia el estado superior, en el cual los actos de unos hombres respecto de los otros, así los de menor importancia como los que la tienen mayor, están tan bien regulados por frenos internos, que hacen inútiles los externos, supone el cumplimiento gradual de dos condiciones. Se necesitan á la vez emociones y una inteligencia de orden más elevado. Se necesita un sentimiento mayor de igualdad para todos y una inteligencia desarrollada hasta el punto de comprender al instante cómo afectarán todas las palabras y todos los actos el estado de los espíritus, esto es, una inteligencia que halle en la expresión de la cara y en la cadencia del discurso, un informe sobre el estado actual de emoción, y que en ellos vea cómo la emoción ha sido afectada por los actos realizados en el mismo instante.

